

CUENTO

RECETA INFALIBLE

I

He notado que la mayor parte de los mortales damos la razón a Espronceda. Me refiero a que al llegar a los treinta años todos ó casi todos sufrimos uno ó varios desengaños.

Yo pertenezco a los últimos, es decir, a los que a esa edad han sufrido ya varios.

Pero lo raro, lo que yo he observado como curiosidad, es que al cumplir los treinta y antes de llegar a los treinta y uno por regla general se sufre el mayor ó uno de los mayores desengaños.

Nada de original ni de curioso tiene el que me tocó en suerte al cumplir la edad indicada, pero se le voy a contar a usted por si la lección les conviniera; pues casi todos los desengaños constituyen unas de las lecciones del libro llamado experiencia.

II

Nada más natural á esa edad que los deseos que yo tenía de unirme en estrecho é indisoluble lazo a la niña de mis pensamientos.

Si la vieran ustedes! No la alabo como se merece, porque es mi costilla y... por si acaso.

Para conseguir mis deseos había un inconveniente y no pequeño.

Una gentil planchadora á quien tuve la debilidad de entregarme en cuerpo y... nada más, me tenía atemorizado con sus amenazas para el caso de serla infiel.

Todos los medios que mi imaginación pudo inventar puse en práctica para deshacerme de aquella furia con faldas; todo inútil.

Un amigo á quien consulté el caso me prometió librarme de ella y puso de su parte cuanto pudo sin conseguir nada; ni seducciones, ni ofrecimientos ventajosos, ni dádvas presentes hicieron mella en la enamorada planchadora.

Yo ya iba perdiendo la esperanza de conseguir la realización de mi proyecto de matrimonio y hasta, lo confieso, iba teméndola cariño, al ver su desprendimiento y abnegación, á pesar de su historia no muy limpia.

Hay que advertir que, aunque mi posición no era muy desahogada, mi porte era excelente, pues por mi calidad de periodista y por consideraciones a mi carrera me veía forzado á vestir con elegancia, aunque para ello tuviese que hacer los mayores sacrificios.

Otro amigo á quien conté el caso se ofreció también á sacarme del apuro y, efectivamente, lo consiguió.

Metió en un sobre las papeletas de empeño más de las que tenía más que regular cantidad, y por el interior se las envió con una carta que me hizo escribir dirigida á un amigo imaginario, pidiéndole una cantidad para salir de mi angustiosa situación.

Varias veces yo había probado á dejar de ir por casa de la estira-puños á ver si se enfriaba, pero en vano; me buscaba en la oficina, en mi casa, en todas partes.

A los dos días de remitirle la carta fué mi amigo á su casa, pidiéndola de mi parte las papeletas, manifestándola que había cambiado los sobres al cerrar las cartas y que á mí me daba vergüenza el presentarme.

No la he vuelto á ver: es infalible.

JULIÁN DE LA CUESTA.

CRONIQUELLA

Hay hombres dignos de compasión. Y hay otros que de todos se compadece y achacan á debilidades de carácter cosas que obedecen indudablemente á razones de índole bien distinta.

Y aun cuando la debilidad de carácter sea la causa de todo, resultan imperdonables los efectos.

Los que consisten en hacer papeles desairados difíciles de calificar, sobre todo benignamente, merecen en verdad la censura de la gente y saludables lecciones de los que puedan dárseles.

En esto he condensado los consejos que di el otro día á mi amigo Félix Bárcena, que vino á mi casa apuradísimo, en petición de una solución definitiva al problema, para él complicadísimo, de sus dudas.

Amaba Bárcena á Remedios López, una muchacha encantadora, pero ¡ay! sumamente coqueta, voluble como la más voluble de las mujeres... y conste que las hay mucho.

Sus relaciones con ella han sido una constante variación: unos días mostrábase Remedios con Félix extremadamente afectuosa, agotando á su lado el vocabulario de los adjetivos misos; otras veces aparecía para Bárcena enojada y violenta, insultante y provocadora de serias cuestiones que acababan siempre en un rompimiento nada amigable...

En cierta ocasión, la cosa fué de veras. Remedios tuvo algunas exigencias imposibles de satisfacer por parte de Félix, que es ante todo un perfectísimo caballero, y las relaciones terminaron.

Félix, convencido de que al lado de aquella incorregible coqueta, no lograría jamás la felicidad anhelada, decidióse á no reanudar aquellos amores instantáneos y molestos, pero como la privación en los espíritus veleidosos es causa del apetito, Remedios, ya con otro novio, comenzó á echar de menos á Bárcena, y en presencia del paciente sustituto, le dirigía miradas que echaban chispas. En paseos, teatros y demás sitios concurridos, sucedía esto á diario, y Remedios ha llegado á escribir á Félix, soltándole por medio de indirectas «muy directas» el consabido arreglo.

Y sobre esto me consulta el amigo Bárcena.

«¿Qué debe hacer? El compadece al novio de ahora, al sufridísimo novio que tolera miradas y sonrisas con la paciencia y resignación de un Job... y además no quiere ya mucho á Remedios».

Yo le he aconsejado.

Que se fastidie el novio; merecido sea lo tiene por ser «de clases pasivas».

La compasión de mi amigo Félix resulta hiperbólica.

El amor de una coqueta es siempre agradable y distraído.

FERNANDO FRANCO.

SECRETO ROTO

Aun conservan mis oídos sus palabras recordadas con sollozos y suspiros; aun perdura ante mis ojos aquel rostro que expresaba la honda pena de un mar-

(tirio...)

de uno de esos padeceres que se arrastra, y en el pecho hasta la tumba van consigo!

Cuántas tardes lo encontré, cuando á lo

(lejos)

ocultaba el sol sus rayos fugitivos, y el labriego abandonaba sus labores, y las aves regresaban á sus nidos, y el ambiente se impregnaba de marmullos, y de brisas, y de aromas y suspiros.

Cuántas tardes lo encontré que caminaba con angustia y al azar por mi camino, y sentí tal simpatía, que mil veces á mi casa volví triste y pensativo; pues sentía su dolor como si fuera arrancado sin querer del pecho mío.

Intenté con la mirada preguntarle, y á mi intento contestó siempre lo mismo, me decía con los ojos que guardaba en el fondo del pecho algo escondido; un secreto anartillado á sangre y fuego que se abrió junto á sus pies como un

(abismo!)

«¿Fue téson mezcla de pena y sentimiento quien llevó á tan alto grado mi egoísmo? No lo sé, pero es el caso que una tarde que lo hallé como otras muchas abatido le rogué que me contase aquella historia, y con voz entrecortada así me dijo:

—Yo adoraba á una mujer que era mi (encanto, la quería como pocos han querido;

era aquello, una locura por quererla

que rayaba en el más hondo paroxismo: Y murió... murió en mis brazos, abrazada á una niña de seis meses, y allí unidos por las garras del dolor, mi último beso me arrancó del corazón con un suspiro.

Acabó el mundo. ¡Ay de mí! desde aquel día,

y en mi niña puesto todo mi cariño, sufrí el peso de una pena inagotable y apuré á tragos la copa del martirio.

La promesa que en presencia de la muerte le juré al fulgor siniestro de los cirios, era santa, y el recuerdo venturoso de su amor, en mi memoria siempre fijo, encarnaba con inmenso golpeo, y á la niña contra el pecho dolorido no dejaba de estrechar, como si en ella encontrase á mi dolor algún alivio.

¡Ay! guardaba sin abrir una cajita de marfil, como el recuerdo más querido, pues me hacía la ilusión de que allí dentro encontraban mis pesares dulce asilo, porque allí estaban mis cartas amorosas y el retrato que al casarnos nos hicimos, y las flores que adornaron sus cabellos cuando el cura nuestra santa unión bendijo.

Transcurrieron muchos meses, y mi niña creció mustia respirando aire nuevo; aquel aire saturado de una pena que embataba emponzoñando los sentidos.

Yo con tal de que mi niña no llorase secedía cariñoso á sus caprichos, y ella entonces me pagaba los favores enseñando sus menados dienteillos, y brillando sus ojitos siempre tristes, dando esbozo de alegría entristecido.

La cajita de marfil tomó en las manos, con empeño inusitado abríala quiso, y fué al suelo revolotando en las baldosas, y en pedazos desiguales se deshizo.

Pero cual sería mi asombro, cual mi rabia, al hallar entre mis cartas el escrito de un amante que decía: «De mi niña, cuida bien sin que se entere tu marido.»

«¿Qué momento que pesé tan angustioso! en el alma sentí frío, mucho frío; y la sangre se agolpó ardiendo en mis

(sienes), y al querer romper á andar perdí el sentido.

Y la niña mientras tanto me besaba refrescándome la cara con sus ríos, y decía con su torpe media lengua:

¡yo te muero papá mío, papá mío!

Yo debiera haber matado á aquel infame, que me hirió con la maldad de un asesino, pero no supe quien era, y desde entonces solitario por el mundo voy sumiso.

«¿Era acaso la culpable aquella niña?

¡Ay! que lucha que trabé conmigo mismo! más la voz de mi conciencia me gritaba: no la dejes, no la dejes sin tu abrigo!

Aquel hombre se alejó de mi presencia y aún conservan sus palabras mis oídos, y sentí yo sus pesares cual si fueran arrancados sin querer del pecho mío.

LUIS ESTEBE Y LÓPEZ DE HARO.

EL REY DE QUE?

No pasa un día sin que un periódico, una revista ó un libro se encargue de hacerme saber que el hombre es el rey de la creación. Para urdir un cuento, para llegar al cabo de una disertación filosófica, para divulgar un caso de moralidad y hasta para decir que tal ó

cual mentecato es un gran poeta, suele ser inevitable el traer á colación el reinado del hombre sobre la Naturaleza. Todo ello, señores, no pasa de ser una broma pesada, y ya va siendo hora de que concluya. El hombre, sujeto á las miserias de su condición humana, á los azares de la suerte, á los caprichos del destino, á las genialidades del primer majadero que tenga dos pesetas; el hombre, enfermo, hoy con un grano en la barba, mañana con un flemon en la boca, el hombre, en pugna con su mujer,

con los acreedores, en contra lección con los amigos, en desacuerdo con el casero; el hombre á merced de la temperatura, del color del cielo, de la benevolencia de la policía; el hombre, incapacitado para ir allí donde se le antoje, porque las fieras—personas sin cédula de ciudadanía—se lo impiden; el hombre, víctima de la irremediable mezquindad de sus instintos y de sus pasiones, condenado á desear lo que no pueden tener, sin dominio sobre su mundo interior ni sobre lo que le rodea, ¿es el rey de algo?

A ver, que le digan al mendigo que, con voz de cancamurria, pide al que pasa unos céntimos para medio pancejillo; que le digan al cesante que frecuenta las antenas á la zaga de un destino

que ellos, pobres seres mendicantes, son los reyes de la creación; que le digan á esa mujer desdichada, que se entregó por amor para caer en el abismo; que le digan á esa vieja enteca y astrosca, que ella y el cesante, el hombre y la mujer sin ventura, constituyen una dinastía perpetua en el reinado de la Humanidad.

«¿Sobre qué reina el que ama sin ser amado y el que amando no acierta á hacerse comprender de la criatura en quien puso su ilusión y su esperanza?... Ni el hombre ni la mujer, son reyes de nada, ni mandan sobre nada, ni están en su mano el monopolio de nada. ¿A qué, pues, engañarnos hablándonos de una monarquía ideal? Más humano, más generoso es decirle á la pareja condenada: Tú no reinas, ni mandas, ni dispones; tú eres el territorio natural, la zona fértil en que se dan y medran todas las contrariedades, todas las pequeñeces que nos subyugan y nos humillan. Somos unos miserables. La voluntad, ¿a qué? ¿cast? ¿nula, porque no tiene más jurisdicción que la que dispone el azar; no somos dueños de nada, ni mandamos en nada. Vale más que se nos diga: En ti, en la pareja reinante, se producen los disgustos, los engaños, las desilusiones, los odios, los crímenes; no reinas sobre nada...»

Cuando leo en un papel ó en un libro que el hombre es el rey de la creación, me indigno y me sublevo. Estoy en el secreto del engaño, de la estúpida superchería. Entonces suelo preguntarme: ¿por qué no se ha de pensar con igual rigor á quien divulga una idea falsa, irrisoriamente falsa, como es esa de suponerme á mi rey de algo?

Ha llegado la hora de invalidar semejante idea, retirándola de la circulación. Es oportuno y eficaz convencerle al hombre de que su abdomen, y de que su centro no vale lo que el cayado de un guardador de cerdos...

MANUEL BUENO.

LA MUJER Y EL COLOR DEL TRAJE

Las modistas y modistos de muchas señoras saben perfectamente que una mujer puede aparecer más ó menos gruesa, más ó menos alta, según el color del traje que lleva puesto.

Vestidas de negro ó con telas oscuras, las mujeres gruesas parecen más delgadas y más pequeñas; así es que son colores que, por lo general, no favorecen á las muy delgadas ó las pequeñas, de estatura. Sabido es también que el efecto óptico del blanco y de los colores claros es de agrandando todos los objetos y así sucede que las gruesas deben huir de esos colores. Los tonos verdes y azules en sus varios matices, son los que mas les convienen; en cambio, deben evitar también los rojos.

Las telas de colores claros no deben usarse para la cintura. Durante la edad en que las jóvenes se están formando, entre los doce y catorce años, los mejores cinturones son los de color azul oscuro ó rojos, porque hacen aparecer más delgada la cintura y producen la ilusión de dar forma al talle.

Una cosa menos conocida es que el color de los vestidos, además de influir bastante sobre el efecto de belleza de quien los lleva, puede afectar á la salud.

Se sabe, por ejemplo, que los colores oscuros absorben y vuelven luego á emitir los olores de todas clases, buenos ó malos, con mucha mayor fuerza que los claros. Por esta razón, en muchos países no se permite que las enfermeras lleven trajes negros; y ni aún siquiera muy oscuros.

Los higienistas afirman que, para las enfermeras, las telas de algodón negro son malas, las de lana del mismo color peores, y las de seda negra, las más perjudiciales de todas.

Por estas mismas razones se está propagando entre los médicos la idea de abandonar el tradicional traje negro, para vestir trajes claros cuando van á visitar á sus enfermos.

Con respecto á si dan más calor los trajes negros que los blancos, es cierto que así sucede; pero en cambio, lo suelen tan más pronto, mientras que las telas blancas retienen tanto el calor exterior como el interior del cuerpo,